



36 horas

Por Jorge Eduardo Suárez Gómez
Investigador de la Corporación Jurídica Libertad

Era la primera vez en 15 años que veía la luz del día fuera de un sitio de reclusión. Parado en la puerta de la prisión de Tunja, Anderson sentía el frío ventarrón como un beso que le daba libertad después de tantos golpes recibidos en su errante encierro por más de 5 cárceles, una base militar, dos batallones y un hospital.

Pese a los más de 3 quinquenios de lacerante prisión, no había perdido la expresión alegre y bondadosa de su rostro. Conservaba esa vitalidad que dos décadas atrás lo llevó a conformar, junto con algunos amigos de su barrio en Medellín, un grupo de rock para gritar contra los agravios que sufría la gente de su clase. Esa etapa duró poco. Su entusiasmo desbordó el escenario de las subculturas juveniles y encontró cauce en las luchas comunitarias. Allí le llegó la horma de su zapato; 4 espíritus indómitos con los que conspiró apasionadamente por un mundo mejor. Con ellos y ellas construyó barrios para los desterrados, pintó murales, recogió mercados e hizo talleres con niños y ancianos. Aunque la gente decente del barrio estaba contenta con ellos, no faltó a quien no le gustó tanto derroche de buena energía. El lado oscuro se enfurece ante los espíritus corajudos, nobles y desprendidos. Comenzaron entonces a asesinarlos uno por uno. Cuando dos de los cinco habían caído, Anderson decidió que era hora de irse. Convocó a los otros dos sobrevivientes, pero la huida sólo la completó él. Jenny y Fredy no lograron salir del barrio.

Unos meses en la casa de una hermana en un pueblo que estaba peor que su barrio y 15 días en una Bogotá que para él fue solo hambre y calle agreste, le hicieron recurrir a la última posibilidad que le quedaba: el tío Joaquín. Sus recuerdos de infancia veían al tío como una especie de Papá Noel criollo que llegaba a su casa una vez al año con un racimo de plátanos y muchas historias. Era el único de todos los hermanos de su madre que nunca abandonó el campo. En las reuniones familiares no se hablaba mucho de él. Cuando llegaba a la casa de la abuela todos intentaban ignorarlo, sin embargo, su carisma se imponía.

El tío en una de sus últimas apariciones le había dicho a Anderson que si algún día tenía problemas lo buscara en la vereda tal del municipio tal, que él allá lo recibía. Se encaminó entonces hacia la posibilidad que su Mamá le decía que no considerara nunca. Allí encontró de nuevo el resplandor de las comunidades organizadas administrando su destino: brigadas de salud, equipo de alfabetización, huertas comunitarias, convites para hacer carreteras, círculos de lectura de la biblia y las reuniones del sindicato agropecuario. El tío Juaco y 3 compañeros eran el espíritu animador de todo este derroche de energía en el que Anderson se fundió rápidamente.

La labor del sindicato enfureció a los poderosos de la región. La presión por la reducción de la jornada laboral de 10 a 8 horas y el “alebrestamiento” de los peones llevaron a que la gente “de bien”, asesorados por un tal coronel Montoya,

organizaran una tropa de matones que ingeniosamente se autodenominó MACO -Muerte a Comunistas-. Comenzaron a circular panfletos amenazantes y las paredes se llenaron de las peores frases que pueden soportar la dignidad humana y el castellano. Un grupo de campesinos que iba para una reunión del sindicato nunca llegó. Ese mismo día en la tarde le avisaron al tío Juaco que los habían encontrado acibillados en el sitio conocido como La Queibra.

Anderson vio ante sus ojos pero amplificado algo que ya había vivido: la reacción del lado oscuro frente a la osadía popular de pretender vivir con dignidad. Se imaginó otra vez la huida llena de muertos, la peligrosa vida en el pueblo de su tía y las hostiles calles de Bogotá.

Iba a emprender este tortuoso y conocido camino, pero un hecho extraño lo detuvo. En una tarde Anderson vio en la tez mulata de su tío destellos de siglos de dominación teñidos de una extraña dignidad y nobleza. Juaco y sus amigos comenzaron a planear la defensa. Anderson se les unió. En un par de semanas recorrieron muchos kilómetros convenciendo a los campesinos de que no había que perder los logros conseguidos y de que no se podían dejar matar.

Venciendo el miedo hicieron un sepelio colectivo de los 7 asesinados y formaron una guardia con las escopetas que pudieron recoger. Anderson coordinaba la parte militar del grupo. Alguien les dijo que los de MACO iban a atacar la ceremonia. Les salieron antes de que llegaran al cementerio, los desarmaron y los liberaron no sin antes pedir la documentación con la que descubrieron que dos de ellos eran agentes de policía.

Mantuvieron a raya por más de un año a los agentes del lado oscuro. Las cosas llegaron a un punto insostenible. A la comunidad comenzaron a atacarla combinando todas las formas de la represión: inteligencia, policía, ejército y los MACO. Todo se derrumbó. Masacres con sevicia, atentados, desapariciones, bloqueo alimentario, asesinatos selectivos y violencia sexual pasaron ante los ojos de Anderson como en cámara lenta. El vértigo de los acontecimientos sólo paró cuando despertó en un hospital después de haber sobrevivido a una emboscada. Le informaron que estaba detenido por conformar grupos terroristas y por una lista interminable de otros delitos.

De eso hace 15 años en los que ha visto cuán profundo puede llegar la abyección humana y qué tan alta puede ser la solidaridad de los pocos amigos que hay en esta vida. Cuando fue capturado, estuvo en varios batallones, detenido

ilegalmente siendo objeto de tratos tan crueles e inhumanos que en muchos casos prefirió estar muerto. Estuvo a punto de estarlo en varias ocasiones y en una de esas golpizas un sargento que mantenía un vestigio de humanidad lo remitió a un hospital en donde legalizaron su captura y lo llevaron a la cárcel después de recuperado. Estuvo en 5 jaulas humanas. De todas fue trasladado por el mismo motivo: la formación de asociaciones para exigir condiciones dignas para los presos.

Mantuvo la dignidad porque era consciente de que aunque pocos, fuera de los barrotes había personas que luchaban por su libertad y que mantenían los ideales que a él le costaban tan caro: líderes sociales, comunidades organizadas, sindicalistas, defensores de derechos humanos y activistas conformaban un minúsculo tejido humano cuyas acciones le hacían seguir creyendo en la humanidad.

Vio entrar y salir mucha gente de la cárcel. Hasta a los matones de MACO se los encontró en una prisión donde estaban pagando penas de 1 año producto de un benévolo proceso de paz. En otra cárcel se encontró con los asesinos de Jenny y Fredy, sus amigos del barrio. Eran los caciques de los patios. Vivían como ricos haciendo trabajar para ellos a los demás internos. Anderson tuvo que pagarles el alquiler del cambuche para dormir. Esto no duró mucho. Los sicarios pagaron penas ínfimas y salieron en libertad a seguir haciendo de las suyas en un bloque paramilitar recién fundado por Carlos Castaño.

Sin embargo, todo eso estaba atrás. Era jueves, eran las 6 de la tarde y estaba parado afuera de la cárcel de Tunja. Anderson sentía el frío ventarrón como un beso que le daba libertad después de tantos golpes recibidos en su errante encierro. El camino hasta Medellín fue muy largo. Derrumbes, retenes policiales en los que siempre lo requisaban y lo jodían pese a que tenía todos los documentos en regla. Casi no lo dejan salir de la terminal de Bogotá en la que se hacía escala. Al final hizo en 24 horas, un viaje que se hacía normalmente en 12. Llegó a Medellín un sábado a las 10 de la noche. No pudo llegar a la casa de su madre porque los nuevos matones de siempre tenían un toque de queda. Vio a su madre, familia y amigos al otro día a las ocho de la mañana del domingo. Fue el día más feliz de sus últimos 15 años, pero duró poco. Nada de fiesta por el toque de queda.

Su primer permiso de 72 horas, se había convertido en uno de 36. 36 horas le quedaban para ver a su familia, las mismas que le quedaban para volver a prisión. 